

## Woldenberg, José, *Historia mínima de la transición democrática en México*, México, El Colegio de México, 2012, 150 pp.

---

Luego de la tercera ola democratizadora iniciada con la Revolución de los claveles en 1974, los estudios sobre la democratización en países de diversas partes del mundo proliferaron, uno de los más importantes es *Transiciones desde un gobierno autoritario*<sup>1</sup> el cual creó un marco conceptual que buscaba explicar los cambios políticos ocurridos en diversos regímenes.

En México se vivió un procesos de cambio político a partir de 1977, culminando con la reforma “definitiva”, como la llamaría el presidente Zedillo, en 1997, 20 años que en términos históricos es un periodo corto, pero en políticos es por demás relevante y lleno de cambios.

Dentro de este contexto salieron a la luz diversos trabajos que buscan explicar este proceso, baste destacar *La mecánica del cambio político en México*,<sup>2</sup> *El poder compartido. Un ensayo sobre la democratización mexicana*,<sup>3</sup> *El antiguo régimen y la transición en México*<sup>4</sup> y *La transición votada. Crítica a la interpretación del cambio político en México*,<sup>5</sup> todos ellos, entre muchos más, desde su perspectiva, nos ofrecen diversas interpretaciones de la transición política de nuestro

---

<sup>1</sup> O'Donnell, Guillermo *et al.*, Madrid, Paidós, 1994.

<sup>2</sup> Woldenberg, José *et al.*, México, Cal y Arena, 2000.

<sup>3</sup> Lujambio, Alonso, México, Océano, 2000.

<sup>4</sup> Silva-Herzog Márquez, México, Planeta-Joaquín Mortiz, 2004.

<sup>5</sup> Merino, Mauricio, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

país, de los cambios políticos que la acompañaron e incluso pueden poner en duda la transición democrática.

Así, una nueva explicación, heredera del libro coautoría de nuestro autor, *La mecánica de cambio...*, sale a la luz bajo el auspicio de El Colegio de México, *Historia mínima de la transición democrática en México*, un libro por demás pedagógico y de fácil lectura, que traza de manera precisa los hechos más relevantes de la transición democrática en México.

Desde el título Woldenberg da pistas de la línea argumentativa que va a seguir en su libro, México vivió una transición democrática, pasando de un sistema autoritario a una germinal democracia, de 1977 a 1996-1997, siendo esto la hipótesis principal de la obra en comento. Pasamos, deja claro el autor, de tener un partido hegemónico con elecciones concurrenciadas pero sin competencia, a un sistema electoral y de partidos democrático.

Woldenberg, si bien no se olvida de los déficits de nuestra germinal democracia, principalmente se ocupa de los cambios en el régimen. Recordemos que México era una democracia *de iure*, pues en la Constitución así estaba indicado, pero la realidad era otra, y esto es lo que ocurrió con la transición en México, se instaló la democracia, a diferencia de otros países de América Latina en los que se reinstaló ésta; en México llegamos a una nueva realidad, la democracia no se había llevado a la práctica.

Una segunda hipótesis que se puede extraer de la lectura es que en México la transición precedió a la alternancia, pues Woldenberg sostiene que el proceso de transición democrática concluye con la reforma electoral de 1996 y las elecciones del año siguiente, “México vivió una auténtica transición democrática entre 1977 y 1996-1997. Fue lo que hizo posible la alternancia pacífica y participativa en la Presidencia de la República en el año 2000” (p. 13).

La obra está dividida en seis apartados, en el primero de ellos “La reforma de 1977 y las primeras elecciones luego de ella”, el autor inicia citando aquel discurso famoso del entonces secretario de gobernación, Jesús Reyes Heróles, con el que se muestra la posición del gobierno frente a la situación política que prevalecía en el país, México venía de unas elecciones sin concurrencia y sin competencia, López Portillo había sido en las elecciones de 1976 el candidato único, el PAN no postuló a ningún candidato y Valentín Campa realizó una campaña simbólica pues el Partido Comunista no era reconocido. “No fue extraño que el PRI ganara 194 diputaciones de las 196, que el PARM

triunfara en un distrito y que la otra diputación, también ganada por el PARM, fuera anulada, y luego, en una elección extraordinaria, recuperada por el propio PRI. No obstante, gracias a los diputados de partido, el PRI ‘solamente’ tuvo 82% de las curules, mientras el PAN alcanzó 8.5, el PPS 5.1 y el PARM 3.8 por ciento” (p. 21) y así arranca el largo recorrido de la transición democrática en nuestro país, el PRI era hegemónico, la regulación era magra, “no existía financiamiento público a los partidos, pero era notorio que los recursos fluían sin control hacia el partido oficial” (p. 21).

Una explicación para que se desatara este cambio nos la ofrece el autor: “Bien vistas las cosas, las recurrentes movilizaciones eran en buena medida fruto del éxito económico del país... un país más moderno... más democrático, menos autoritario... De 1932 a 1977 la economía había crecido a tasas importantes... son años en los que se expande la industria, el sistema educativo y crecen las ciudades. Y fue el caldo de cultivo del reclamo democratizador” (p. 25), algo queda claro de la lectura, México estaba preparado para arribar a la democracia, y es así que el autor nos narra los preparativos de la reforma de 1977, las audiencias públicas y los debates, para llegar a la constitucionalización de los partidos y su reconocimiento como “entidades de interés público” (p. 28), además del registro condicionado para los nuevos partidos, que se convirtió en uno de los grandes logros en pro de la pluralidad; por otro lado se modificó la fórmula de integración de la Cámara de Diputados, creando los diputados de representación proporcional, siendo estos una cuarta parte del total de la cámara. “Gracias a estas reformas, que vistas en retrospectiva pueden parecer mínimas, se desató una auténtica espiral de transformaciones” (p. 30).

Pasa Woldenberg a continuación a hacer un repaso de las elecciones de 1979, las primeras luego de la reforma de 1977, donde los partidos ya gozaban de algunas prerrogativas para su funcionamiento y sus campañas, aún así, el sistema todavía era deficiente, “de los 300 distritos el PRI ganó 291 y cuatro el PAN. Cinco fueron anulados y luego ganados por el PRI” (p. 33), la hegemonía priista seguía presente.

Los cambios eran lentos pero en dirección correcta, nos dice el autor: “Las novedades que acarreó la reforma política empezaron a caer por goteo. Fue un movimiento lento pero constante, incremental” (p. 34), y este es el ritmo que nos muestra el libro, cambios lentos pero constantes; nos cuenta la elección de 1982, la cual si bien de nuevo muestra un déficit de competencia, la concurrencia ya se hace presente pues participan 7 candidatos, las condiciones de la competencia

aún no eran idóneas, pero se seguía avanzando, “en 1982 el PSUM realizó su primera y única campaña presidencial. La novedad: lo hacía amparado en la ley”, (p. 38) el camino de la legalidad se hacía presente.

La oposición comenzaba lentamente a obtener diversos triunfos, siendo Durango y Chihuahua, para el PAN, estados con importantes triunfos.

Así, Woldenberg nos narra las elecciones de 1985 y el sismo del mismo año, “mucho se exaltó esa reacción, y en efecto, parece que sembró las ganas de participación entre no pocos habitantes del D. F.” (p. 43), llega a las elecciones para gobernador en Chihuahua las cuales son paradigmáticas pues se pensaba que podía ser la primera gubernatura ganada por la oposición y que al final fue otorgada al PRI, sólo un botón de muestra de que aún faltaba mucho por hacer, “la necesidad de construir elecciones libres, justas y equitativas” (p. 47).

En el segundo apartado “De la reforma de 1986 a la crisis del partido hegemónico”, desarrolla cómo es que se llevó a cabo la reforma de 1986, quizá una de las peores reformas, pues daba “algunos pasos hacia delante en materia de representación, pero un fundamental retroceso en relación con la autoridad encargada de autorizar las elecciones” (p. 49).

Y además de pedagógico, la buena prosa de Woldenberg también se hace presente cuando narra uno de los hechos “tradicionales” del viejo régimen político mexicano “El tapado”: “El momento estelar de los procesos electorales era el del *destape* y el juego más socorrido era el del *tapado*... El juego del *tapado* era el acompañamiento previo al *destape*. En los meses anteriores se desataba una especulación sin límites. En los medios, las escuelas o las cantinas, un tema recorría las conversaciones; quién sería el preferido del Presidente en turno, quién sería favorecido por el *dedazo*. Se multiplicaban sesudas especulaciones, se leían signos indescifrables de la misma forma en que los astrólogos interpretaban los horóscopos, se cruzaban apuestas, se hacían retratos hablados...” (p. 54).

Nos sigue narrando cómo se creó el Frente Democrático Nacional y el contexto en que se llevaron a cabo las elecciones de 1988 y la problemática surgida a partir de los resultados que arrojaron estos comicios, la creación del PRD como “el esfuerzo más consistente y relevante de la izquierda mexicana por dejar atrás su atomización” (p. 64).

En el tercer apartado “La construcción de las nuevas instituciones electorales”, el autor nos narra la reforma de 1989-90 y la creación del IFE y todas sus bondades respecto a su antecesora, la Comisión Fe-

deral Electoral; el Tribunal Federal Electoral, sus nuevas atribuciones respecto al Tribunal de lo Contencioso Electoral, y el Registro Federal de Electores con su encomienda de crear un Catálogo General de Electores.

Nos cuenta también cómo fue la Cláusula de gobernabilidad y la resistencia que se dio para modificar la fórmula de integración de la Cámara de Senadores; por otro lado, iniciaron los reconocimientos a triunfos importantes de la oposición pues al PAN se le reconoció el triunfo de Ruffo Appel en el gobierno de Baja California, pero en Michoacán las acusaciones de fraude de nuevo se hicieron presentes por parte del PRD.

Con el nuevo marco institucional nos narra el autor las elecciones de 1991, las primeras organizadas por las nuevas autoridades electorales; llega a 1993 y la reforma de ese año en donde el dinero y su regulación fue uno de los temas principales, además de que se le da carácter de máxima autoridad en materia electoral al Trife.

El cuarto apartado titulado “Violencia y política” desarrolla uno de los hechos más relevantes en la historia reciente de México, el surgimiento del EZLN en 1994, todos los hechos ocurridos alrededor de aquel acontecimiento, y la reforma de urgencia dada en ese año, modificando la conformación del IFE creando la figura de consejeros ciudadanos, “estas reformas fueron aprobadas por el conjunto de los partidos. Eran las primeras en las que el PRD no solo participaba, sino las votaba a favor” (p. 97).

Nos narra también el asesinato del entonces candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosio, y cómo fue que cimbró el sistema en ese momento, llegando a las elecciones de 1994 donde nuevamente ganó el PRI, pero dejando ver un grave problema que faltaba por resolver, la inequidad, nos dice Woldenberg: “Si bien los votos se contaron de manera limpia, el debate se trasladó a otro campo: las campañas habían transcurrido en un marco de inequidad flagrante, lo que vulneraba uno de los pilares fundamentales de cualquier disputa electoral” (p. 103).

En el quinto apartado, intitulado “Construyendo la equidad”, Woldenberg se encarga de narrar la reforma electoral de 1996, en un proceso que inicia desde 1994 con el llamado que hiciera el presidente Zedillo, esta sería una reforma ambiciosa, tuvo que sortear diversos acontecimientos ya que el EZLN continuaba presente y la Ley Cocopa buscaba “crear los conductos para llegar a un acuerdo con quienes se levantaron en armas” (p. 108), además de los acontecimientos de Aguas Blancas o las acusaciones de fraude en Tabasco, entre otros.

Seis fueron los temas, nos dice Woldeberg, alrededor de los cuales de forjó el consenso en aquella reforma: órganos y procedimientos electorales; el contencioso electoral; partidos, agrupaciones políticas y coaliciones; representación; gobierno del Distrito Federal; condiciones de la competencia. “El consenso inicial se había roto, pero la profundidad y pertinencia de los cambios no se podía minusvaluar” (p. 116). Así llega nuestro autor a las elecciones de 1997, las primeras con la nueva regulación, y nos dice: “Con las elecciones de 1997 finalizó la transición democrática en México... en 1997 resultó claro que México había sido capaz de desmontar un régimen autoritario y de edificar una germinal democracia” (pp. 116 y 117).

Concluye con el apartado denominado “La alternancia”, en donde muestra una de sus hipótesis principales: “La alternancia pacífica y ordenada en la Presidencia de la República en el año 2000 fue posible porque la transición democrática estaba concluida” (p. 123).

Termina el libro con una sentencia por demás actual: “A partir del 1 de septiembre de 2000, fecha en la que se instaló el Congreso, fue necesario dialogar, negociar, pactar para lograr que cualquier iniciativa pudiera ser aprobada. Ninguna fuerza en singular, ninguna bancada en particular podría hacer su simple voluntad” (p. 125), una nueva realidad que llegó para quedarse.

Ahora que todo parece indicar que está en puerta una nueva reforma electoral, el libro de Woldenberg debe ser de lectura obligada, una mirada al pasado reciente de México para aprender de los errores y no repetirlos.

No queda más que recomendar ampliamente el libro de José Woldenberg, el cual es una excelente interpretación y abona al debate que gira en torno al cambio político ocurrido en nuestro país, además de que su brevedad y buena prosa ayudan a su fácil lectura y comprensión, convirtiéndolo en uno de los libros indispensables para los estudiosos de la historia reciente de nuestro país.

## Ricardo HERNÁNDEZ MONTES DE OCA

Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública, y en Derecho por la UNAM; profesor de asignatura en el Sistema de Universidad Abierta y Educación a Distancia de la FCPyS de la UNAM.